

**ENCUENTROS CON
MARIO VARGAS LLOSA**

JUAN CRUZ RUIZ



Ediciones
Deliberar



EDICIONES
Deliberar

BIBLIOTECA DELIBERAR, N.º 1

Encuentros con Mario Vargas Llosa
1.ª edición, Deliberar, Madrid, 2017

© Juan Cruz Ruiz, de los textos, 2017

Maquetación: Daniel F. Patricio

Impresión: Gracel Asociados, S.L.L.

Edición:
Ediciones Deliberar, 2017
ediciones@deliberar.es
www.deliberar.es

ISBN: 978-84-17252-00-7
Depósito legal: M-26863-2017

Prólogo. Juan Cruz	9
1. «Yo no soy un reaccionario» (1989)	17
2. «Creo que he recobrado mi libertad» (1990)	23
3. «Los cataclismos no traen consigo el paraíso» (1992)	37
4. «Me preocupa la estupidez humana» (2003)	43
5. «Mi país me ha dado un material turbulento, problemático y terrible» (2005)	47
6. Una vida al pie de la letra (2006)	51
7. Maestros y maestras (2007)	71
8. Diálogo sobre la ficción en la novela y el teatro (2007)	91
9. «Escribir es servidumbre y gozo» (2010)	121
10. «El fútbol es una religión laica» (2011)	125
11. Diálogo en la Universidad Complutense (2011)	129
12. Diálogo en CajaCanarias (2012)	145
13. El diccionario de Zavalita (2012)	177
14. «Los bárbaros ahora somos nosotros» (2012)	183
15. «Esta realidad puede llegar a ser el infierno» (2014)	197
16. Diálogo sobre Juan Carlos Onetti (2015)	201
17. «No tengo talento natural. Me cuesta escribir» (2015)	225
18. «Un pie en el mausoleo y otro en la mesa de novedades» (2016)	249



TODA LA VIDA PREGUNTÁNDOLE A MARIO VARGAS LLOSA

Juan Cruz

Tengo el privilegio de haberle hecho a Mario Vargas Llosa un millón de preguntas, más o menos. Ha sido por su generosidad y por la de su entorno. Desde Patricia Vargas, la madre de sus hijos; sus hijos, Morgana, Gonzalo, Álvaro; sus personas de confianza, Rosi Bedoya, Lucía Muñoz, Verónica Ramírez, Fiorella Battistini, ellos han sido cómplices de mi ansiedad por preguntarle en momentos muy distintos de su vida.

Le pregunté en Tenerife, cuando viajaba con Morgana chiquita, con Álvaro, con Gonzalo y con Patricia, de regreso de su tiempo tan fructífero en Barcelona. Le pregunté en un aeropuerto italiano cuando tuvo el primer tropiezo en su lucha por llegar a la presidencia de Perú. Le pregunté en París, cuando lo hallé gracias a la insistencia de esperarle cuando ya había perdido aquella oportunidad electoral y regresaba del todo a la literatura. Y le pregunté cuando el Nobel y tantas veces más, hasta ahora mismo cuando, antes de escribir este prólogo, me lo encontré en la madrugada de Guadalajara (México) mientras su pareja actual, Isabel Preysler, dormía y yo esperaba para desayunar con mi compañero Jan Martínez Ahrens.

Ese día ya será imborrable en el recuerdo profesional de Jan y de quien esto escribe, y seguramente será también una anécdota significativa en la vida pública de Mario Vargas Llosa y, en lo que a mi concierne, en la serie de anécdotas que han jalonado nuestros encuentros.

Empezaré por el final, que es por otra parte algo que hay que hacer siempre que se hace periodismo, y este libro va de preguntas y por tanto va sobre todo de periodismo.

Lo que ocurrió en Guadalajara, donde estábamos para celebrar los 80 años de Mario en la feria del libro dedicada en su 30 aniversario a la literatura latinoamericana, fue producto del periodismo y por tanto de la actualidad. Y, por tanto, también de la casualidad, que un factor determinante en el oficio: la casualidad, podría decirse, ha de hallarte trabajando. En fin. Era sábado, 26 de noviembre de 2016; la noche anterior había muerto en Cuba Fidel Castro, un hombre que dividió en dos la intelectualidad iberoamericana y mundial, porque persiguió a escritores y a homosexuales, encarceló a quienes no comulgaron con su modo de seguir el proceso revolucionario que tanta ilusión había despertado a principios de los años 60. Uno de los escritores que se quedó en el lado contrario de Fidel y de los que lo siguieron (Gabriel García Márquez, Julio Cortázar) fue Mario Vargas Llosa. El *boom* de la literatura latinoamericana, que entonces prosperaba, se fue desuniendo por esa punta fundamental de la época, la Revolución cubana. Desde mediados de los años 60, cuando Vargas Llosa se desprendió de la fidelidad a la Revolución (y a Fidel), esa desafección le costó diatribas e insultos, pero él siguió adelante con su manera de pensar con respecto a lo que le disgustaba a Fidel.

Como Mario estaba en Guadalajara, lo primero que se nos ocurrió a Jan y a mi (y era obvio que se nos ocurriera) fue preguntarle su reacción ante esta muerte tan simbólica de lo que algunos dijeron que era el final del siglo veinte y otros pensaron que era, simplemente, la muerte de un dictador cuya tiranía causó sufrimiento a un país entero. Aunque

conozco a Mario Vargas Llosa desde hace tantos años, 43, como los que tiene mi hija Eva, nunca me gustó asaltarlo, ni siquiera cuando lo tengo delante. Vargas Llosa es una persona pública muy privada, y siempre he respetado sus descansos, sus periodos de escritura, su manera de ser y su modo de relacionarse con el periodismo.

Él mismo es periodista, lo sigue siendo, y conoce las reglas como las conocemos los demás. No se debe acosar a una persona pública en ninguna circunstancia, a no ser que él o ella se dispongan a ser acosados, o simplemente a ser preguntados.

Así que, aunque lo tuviera cerca, en Guadalajara, México, quizá en el mismo hotel, de esto no tenía certeza, hice exactamente lo que siempre hago. Le escribí en este caso a Fiorella, le pedí que me pusiera en contacto con Vargas Llosa; ella estaba en Madrid, donde trabaja, y con mucho sentido común me convidó a que contactara con Pilar Reyes, la editora de Mario en Alfaguara que también estaba en Guadalajara. Con ese contacto hecho me fui a esperar a Jan al salón de desayunos del Hotel Hilton, donde nos quedábamos los periodistas de *El País*. Todavía era para nosotros la madrugada.

Cuando me devanaba los sesos delante de un plato vacío un hombre que me pareció de mediana edad, vestido con ropa deportiva, ágil, como si viniera de correr una maratón, me saludó desde lejos. El contraluz me impidió conocerlo hasta que llegó a mí, me abrazó, me saludó con el diminutivo que desde hace años le aplica a mi nombre.

Era Mario Vargas Llosa. Estaba en nuestro hotel, no estaba en uno más lejano donde se quedan las celebridades. Estaba allí, hacía ejercicio por la mañana; no venía de una maratón, venía de madrugar, como ha hecho desde que estaba en el Colegio Militar Leoncio Prado. Me sorprendió verlo

en una circunstancia así, era la primera persona con la que podía hablar de un recuerdo común tan explosivo: Fidel Castro, su muerte. Esa misma mañana yo había llamado a Miriam Gómez, la viuda de Guillermo Cabrera Infante, amigos comunes, exiliados en Londres desde principios de los años 30, damnificados por Castro hasta las más onerosas consecuencias. «He hablado con Miriam», le dije a Mario. «Tanto sin saber de ella. ¿Cómo está?».

Ahí me di cuenta que Mario Vargas Llosa, que no usa móvil con noticias, no tiene iPad, no ve televisión por las mañanas, no escucha radio, y es algo así como un ignorante de las nuevas tecnologías, no conocía noticia tan trascendental. Y se la conté. Entonces abrió la boca, gritó su sorpresa, aunque esta era una muerte tan anunciada, y luego expresó sus deseos de que Cuba fuera mejor en el futuro.

Fue un momento muy emocionante, porque Fidel Castro Ruz fue un hombre trascendental en nuestras vidas, una esperanza, una desilusión, una sombra; en la de Mario, en la nuestra. Y lo seguirá siendo, porque a muchos causó dolor, aunque otros lo quieran salvar para la historia. Teníamos Jan y yo a Mario delante, éramos los primeros periodistas con los que se encontraba, era la persona buscada en todo el mundo para escuchar a uno de los escritores que más se opuso a Fidel, el único Nobel en español vivo, para que dijera lo que sentía precisamente en ese instante sobre el dictador fallecido.

Nosotros tuvimos el privilegio periodístico de hallarlo por casualidad. Lo que nos dijo («La Historia no absolverá a Fidel Castro») contradecía lo que Castro dijo que pasaría a su muerte. Y Vargas Llosa, que es rápido como un cóndor, dejó ese titular precisamente, que publicamos de inmediato en *El País*: «La Historia no lo absolverá».

De ese hecho periodístico yo extraje conclusiones adicionales. No era la primera vez que me encontraba así a Mario, por casualidad. Para el encuentro en Italia, él iba a recibir un premio, se alejaba de Perú, donde había tenido aquel contratiempo en campaña, tuve un chivatazo; quien se sorprendió fue él, cuando bajaba del avión y me halló allí solo, no había otros periodistas. El encuentro de París (que aparece en este libro) fue más complejo.

Él había perdido las elecciones en su país, quería recuperar el tiempo perdido (como lector, como escritor) y París era el sitio adonde fue siempre que tuvo contratiempos o esperanzas. Quiso ser escritor, cuando aún era un adolescente, y se fue a París. Quiso volver a ser escritor, y se fue a París. Fue en esta circunstancia en la que yo supe que iba a estar en la tierra de Proust y de Flaubert y me dispuse a esperarle, tardara lo que tardara. Lo lógico era que, nada más aterrizar, se dirigiera a la sede de la editorial Gallimard, su casa. Le esperé ante la librería de arte Maeght, frente al hotel Pont Royal. En las estanterías había un libro de Fernando Botero, prologado por el propio Vargas Llosa. Entré, me entretuve en mirarlo y leí el prólogo, mientras miraba de reojo la calle, a ver si pasaba Mario. En ese prólogo el presidente que no fue hablaba de la impresión que nos dan los gordos cuando se vuelven flacos, pues las obras de Botero van de gordos y de gordas. Decía Vargas en su prólogo que cuando te encuentras con alguien que de pronto ha enflaquecido te da la sensación de que algo ha pasado por su vida, un disgusto, una enfermedad, cualquier descalabro.

Y en esto apareció Mario Vargas Llosa. Se asombró de verme, quién te ha dicho que venía. Tenía ambas manos ocupadas en sendas bolsas llenas de libros, lectura para volver a

ser lector y escritor y nada más. Así que lo saludé tocándole los bíceps. Había bajado cerca de veinte kilos, era un hombre enflaquecido y producía la misma sensación ese tacto que la que él describía en el prólogo a Botero.

No me pudo negar la entrevista que fui a hacerle; me citó al día siguiente en *Les Deux Magots*, su café favorito en París, y allí apareció, después de sus ejercicios matinales, dispuesto a lo que yo quisiera preguntarle.

Y le pregunté de todo, siempre le pregunté de todo, jamás me dijo no a una cuestión (sólo en una ocasión, que ustedes descubrirán en este libro: y fue una ocasión en la que su respuesta fue tan pertinente como mi pregunta) y esa vez también la respondió.

Entrevistar a Vargas Llosa es un gozo para un periodista; aparte de que no se niega a cuestión alguna (ni siquiera a aquella que ustedes van a descubrir), es preciso, tiene una memoria que le ayuda a serlo, es educado y cortés, no es melindroso en las respuestas y siempre te ofrece narraciones interesantes y distintas. Jamás se repite. Es un entrevistado feliz y siempre he sido feliz entrevistándole.

Creo que estas casualidades que me han sucedido con él provienen de su imán: imán para las preguntas. Un periodista que tenga preguntas siempre estará feliz de tener cerca a Mario Vargas Llosa porque no he visto a nadie que tenga más respuestas y éstas sean tan diversas y suculentas. Jamás dice un tópico, jamás dice algo que no sienta o piense. Jamás oculta lo que cree y lo que sabe. Nunca es banal. Ni cuando calla.

Esa última vez que lo vi en Guadalajara, ante una noticia tan importante para el mundo y para él, nos dio ejemplo de esa capacidad de concisión que amuebla su cerebro y que

asombra a los que quieren algo de él y son periodistas. Espero que lo que digo sea corroborado por la lectura de estas entrevistas. A ustedes, queridos lectores, les dejo el material de nuestras conversaciones. Y a Mario Vargas Llosa y a los que me han ayudado en esta cercanía les agradezco la paciencia con la que siempre han atendido mis requerimientos.

Madrid, 6 de diciembre de 2016



Dado el carácter recopilatorio de este libro, se han suprimido algunos párrafos que se repetían de forma muy parecida en varias entrevistas. Esas supresiones se han marcado con el signo (...). Sin embargo, se han mantenido cuando en la forma de narrar unos mismos hechos había distintos detalles o matices de interés. *[Nota del editor]*.